

>

N

O

T

A

S



EL PROYECTO ÍTACA PARA EL DESARROLLO FORMATIVO DEL TERRITORIO DE LAS CUENCAS MINERAS TUROLENSES: ¿REALIDAD O QUIMERA?

MONTSERRAT MARTÍNEZ GONZÁLEZ
EXVICERRECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
PARA EL CAMPUS DE TERUEL Y DE ESTUDIANTES

*“¡Ay de mí! ¿Qué tierra será esta? ¿Qué hombres la poblarán?”
(La Odisea, canto XIII)*

155

154

Hubo una etapa en la que el entonces Ministerio de Educación y Ciencia escogía nombres de la literatura grecolatina para denominar sus proyectos de innovación educativa. Era un guiño al mundo clásico, con el sentido que los nombres contenían. Así, hablamos del Proyecto *Mentor* para la Educación de Personas Adultas, en recuerdo del anciano a quién confió Ulises u Odiseo el cuidado de su casa y familia, mientras él combatía en las tierras de Troya. Asimismo, la diosa *Atenea* nominaba otros proyectos educativos de ámbito nacional, vinculados, claro está, al conocimiento. Con el presente artículo me voy a referir a un proyecto para el desarrollo de la formación en las cuencas mineras turolenses que, por los frutos, terminó siendo algo bien diferente a lo que sus impulsores quisieron que fuera, manera esta de calificar su parcial fracaso para evitar otros términos más decepcionantes. Nos referimos al Proyecto ÍTACA, que implicó una intervención importante pero incompleta en las localidades de Alcorisa, Andorra, Montalbán y Utrillas. ¿O acaso no les ha llamado la atención, a los conocedores de la tierra, el que en estas localidades existan diferentes edificios con la denominación de *Ítaca*?

ÍTACA es un nombre familiar de la literatura de la antigua Grecia, tanto para estudiosos, como para escolares bachilleres y aficionados a la música y a la poesía. Quién no recuerda



El Centro Aragonés de Tecnologías para la Educación (CATEDU) tiene su sede en el edificio construido para albergar el proyecto Ítaca en Alcorisa. (Foto proporcionada por Antonio Martínez Borraz)

el *Retorno a Ítaca* del cantante catalán Lluís Llach o el poema de Kavafis. Para quienes le pusimos el nombre al proyecto significaba el retorno, la mirada a la tierra propia, como el viaje de Ulises hacia su pequeña isla, hacia ÍTACA, tras un periplo de avatares y peligros, por su intervención en la Guerra de Troya. Es tu tierra, que te abre los brazos y te acoge, tras una etapa vital vivida a tope y a la que miras con los ojos marcados por la experiencia. Así, Kavafis nos dice:

Ten siempre a Ítaca en tu mente (...) / Ítaca te brindó tan hermosos viaje / sin ella no habrías emprendido el camino / pero no tiene ya nada que darte. / Aunque la halles pobre / Ítaca no te ha engañado. / Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia / entenderás ya qué significan las Ítacas.

Pasemos, pues, a la historia de un proyecto que se quedó en una quimera. Analicemos lo que pretendió, a lo que llegó, la participación de los agentes impulsores y las conjeturas que nos hacemos sobre su quiebra. Y hablamos de conjeturas porque, a varias de las personas que tejieron su razón de ser, entre las que me encuentro, no se nos ha explicado todavía por qué lo ideado se ha quedado a mitad del camino, convertido en unas infraestructuras que sirven a la sociedad –faltaría más– pero, en parte, alejadas de los fines para los que se concibieron.

Surgió la idea

Situémonos en el curso académico 1997-98. El Campus Universitario de Teruel había cumplido, como tal, seis años de existencia. El debate sobre la implantación de nuevos estudios universitarios en la ciudad de Teruel estaba al rojo vivo, como también lo estaba en el campus de Huesca. En Teruel, cada vez que se leía el *Diario de Teruel*, aparecían opi-



Fachada del Centro Aragonés de Tecnologías para la Educación, Alcorisa. (Foto proporcionada por Antonio Martínez Borraz)

niones encontradas sobre lo que la ciudad necesitaba de la Universidad de Zaragoza. Desde los que creían que la Universidad era como un instituto a lo grande, desconociendo la complejidad que una institución de esta naturaleza conlleva –ya saben, facultades, institutos de investigación, preparación de equipos docentes e investigadores, etc.– hasta la gente de la calle que preguntaba por qué no se daban los estudios concretos que sus hijos querían seguir. Podemos contar, en relación con esto, anécdotas muy sustanciosas. Surgían documentos con propuestas, se crearon coordinadoras que implicaron a los partidos políticos y, también, se dieron acusaciones al poder universitario y político de la autonomía de centralismo y mal trato a los territorios periféricos.

Mientras tanto, en el campus de Teruel ocurrían cosas importantes, que no tenían el eco que merecían, entre tanto ruido social y mediático. Se habían unificado centros, emergiendo la primera facultad universitaria de historia de la provincia de Teruel: la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Se había inaugurado el edificio de la Escuela Politécnica; se avanzaba hacia un campus único, evitando duplicaciones de los recursos y la posible dispersión de los centros. Un ejemplo de ello es que las pequeñas bibliotecas de los centros, con la repetición consiguiente de muchos volúmenes y con diferentes presupuestos y criterios de funcionamiento, pasaron a ser, con la unificación, la gran Biblioteca Campus de Teruel, con el personal cualificado necesario, con criterios de funcionamiento más competentes y un presupuesto más elevado. Se llevaba un debate sobre la implantación de nuevos estudios –que si Ingeniería Industrial, que si Traducción e Interpretación, etc.– y se proyectó el edificio de la sede del Vicerrectorado y de la actual Fundación Universitaria Antonio Gargallo. Fundación que fue la primera que la Universidad de Zaragoza creó fuera de su campus central de la capital de Aragón.



Instalaciones del Centro de Educación Ambiental Itaca-José Luis Iranzo, en Andorra.
(Fotos Rosa Pérez y Centro Itaca)

En este contexto tan alterado, pero necesario y positivo por el debate que suscitó, apareció la noticia de que el Plan MINER había concedido a la Universidad de Oviedo una cuantiosa subvención para la construcción de edificios en el campus de Gijón. Y aquí comenzaron a pensar un par de profesores, desgraciadamente desaparecidos, y que tuvieron un papel importante en la gestación de este Proyecto Ítaca: nos referimos a los profesores Rafael Blasco Jiménez y Carlos Hernanz Pérez, quienes fueron también, sucesivamente, vicerrectores del campus turolense. Eran buenos conocedores de las instancias políticas y sindicales de la provincia y de la autonomía, con las que mantenían una buena relación.

Sabedores estos de que la Universidad de Zaragoza no podía solicitar ayudas como las que se concedieron a la de Oviedo, puesto que sus campus periféricos, concretamente el de Teruel, no se ubicaban en territorios mineros, desarrollaron, ante el Consejo Universitario Local, la siguiente propuesta:

En la provincia de Teruel, la ayuda en el ámbito educativo más significativa del programa MINER se dirigía a la asignación de becas de formación para los hijos de trabajadores en la actividad minera, con la finalidad de poder salir al extranjero, durante el verano, para formarse en lenguas modernas. Sería conveniente, manifestaban los profesores aludidos, que esta gran ayuda se dirigiera, además de al objetivo de aprendizaje de un idioma, a otros proyectos ya en marcha, más permanentes en el tiempo, que atendían en esos momentos a una serie de aprendizajes relacionados con el potencial endógeno de desarrollo existente en el territorio. Para ello, se ponían como ejemplos los programas que la Dirección Provincial de Educación tenía en marcha en las zonas mineras de la provincia. Esto aportaría un enriquecimiento global e interrelacionado de los programas en desarrollo y la creación de estructuras permanentes, que evitaran la volatilidad de los recursos del MINER, en primer lugar, y que potenciaran otros proyectos, vinculados con el desarrollo social y económico del territorio minero turolense, en segundo término.

Para el desarrollo del proyecto, se debían tener como elementos claros las siguientes realidades:

1. La existencia de un territorio en el que sus centros, tanto de educación primaria como secundaria, fueran receptivos a la imprescindible innovación educativa, demandada por la realidad social y cultural del país (cambios legislativos en la educación, proyectos de innovación educativa, introducción de enseñanzas de idiomas, etc.)
2. La experiencia de los centros educativos de la zona en proyectos relacionados con la aplicación de nuevos sistemas didácticos, nuevos aprendizajes, introducción de las nuevas tecnologías informáticas, aplicadas a la docencia, etc.
3. La implantación de estructuras relacionadas con las TIC, aplicadas a la gestión docente. En esos momentos, la Universidad de Zaragoza se manifestaba puntera, a través del Centro de Cálculo y de varios departamentos universitarios del Centro Politécnico y de la titulación de Ingeniería Informática de la Escuela Universitaria Politécnica de Teruel. Considerábamos que se daban unas buenas condiciones para la ubicación en el territorio minero de un centro donde se trabajaran las nuevas tecnologías aplicadas a la educación primaria y secundaria y también a la Universidad, con la elaboración de materiales para desarrollarlos en el aula, incorporando así



El edificio del proyecto Itaca en Montalbán. (Fotos Rosa Pérez)

estos nuevos recursos a las didácticas específicas de las diferentes materias. Se pensaba para ello en los centros educativos de Alcorisa, seleccionados en la fase de experimentación de la Reforma Educativa estatal (colegio público y CRIET).

4. La existencia en Montalbán de un proyecto orientado a la experimentación de una serie de cambios en la formación de personas adultas que se incorporarían a la nueva legislación ministerial.
5. La existencia en Andorra y la comarca de una realidad minera, con extracciones a cielo abierto, proyectos de recuperación de canteras y escombreras; de una riqueza geológica y paleontológica, con la existencia en lugares cercanos de parques naturales y culturales (Río Martín, Maestrazgo, Parque Geológico de Aliaga). Todo ello, creando la estructura necesaria para la residencia de los investigadores españoles y extranjeros, que de manera consolidada acuden todos los años a las zonas descritas, así como la posibilidad que supondría para realizar prácticas externas, tanto para estudiantes de la Universidad de Zaragoza como de otras limítrofes. También la organización de cursos estivales y de un aula permanente para actividades relacionadas con la formación en el conocimiento y cuidado del medio ambiente; y la posibilidad de que la Universidad de Zaragoza tuviera una buena extensión para la realización de prácticas externas, relacionadas con la geología y paleontología, la restauración de escombreras, la geomorfología y otras áreas científicas, en las que el territorio les podía brindar unas posibilidades extraordinarias. Todo lo anteriormente expuesto, al amparo de los planes de reconversión de las cuencas mineras, como parte de la alternativa al desmantelamiento de buena parte de su alternativa productiva. Era, ni más ni menos, partir de lo que teníamos para potenciarlo y desarrollarlo teniendo en cuenta las necesidades formativas del territorio.

El proceso seguido para la concreción de la idea

*Pero se ha de recordar, para hacer bien el trabajo,
que el fuego, p' a calentar, debe ir siempre por debajo*
Poema del *Martín Fierro*

Se empezó por un primer nivel, convocando a las diferentes instancias implicadas en el ámbito de la educación y de la producción. Unas acudieron a la cita; otras no nos dieron ninguna respuesta. En la reunión se expuso que se trataría de un proyecto global. Si a la hora de proponer un plan formativo –les decíamos como ejemplo– cada alcalde, cada sindicato o cada grupo docente fuera por su lado, nos encontraríamos con una multitud de pequeñas actuaciones, nacidas muchas veces de las expectativas particulares de cada uno. Eso se ha hecho, por ejemplo, en el ámbito del desarrollo económico, con la presencia de pequeños polos industriales, mejora de vías concretas y otras actuaciones. Nosotros queríamos una acción global e interdisciplinar, que implicaba una actuación conjunta, con una visión de futuro clara y presidida por el interés de las comarcas, con todos sus elementos y posibilidades. En la reunión se elaboró un pequeño documento para utilizarlo como punto de arranque y presentarlo ante los sectores que nos interesaban: la Universidad, la Dirección Provincial de Educación, las instituciones políticas y sindicales y otros de diversa naturaleza, que pudieran tener interés en lo propuesta –los entonces Parques Culturales de Aliaga y Río Martín, el Laboratorio de Medio Ambiente de

Andorra—. Así, iniciamos una serie de contactos que nos aportaron ideas y, a la vez, hacer un retrato de la realidad, en cuanto a expectativas de desarrollo al calor del MINER. El documento presentado, que era muy sencillo, fue engordando y enriqueciéndose con las diferentes aportaciones.

En un segundo nivel, se presentó el documento a todos los alcaldes de la zona implicados y a los sindicatos, a través de sesiones específicas para cada uno de los grupos. No fueron ni uno ni dos los encuentros, sino muchos más, mantenidos en la sede del campus universitario, por una parte, y en los diferentes pueblos implicados, por otra. Las deliberaciones fueron muy curiosas, puesto que en ellas emergieron las diferentes visiones sobre el tema y los matices políticos diferenciadores. El campus turolense se sintió muy satisfecho con esta fase, puesto que deseaba que no fuera una idea desarrollada desde arriba, impuesta bien sea por una institución o por una comisión nacida en el seno de instancias superiores. Incidíamos en este aspecto, ya que era demasiado frecuente que los sectores que bregaban en el medio, alcaldes y profesionales de la educación, así como los representantes de las bases sindicales, se vieran envueltos en propuestas que no habían sido contrastadas con la realidad ni contado con sus agentes culturales y sociales.

El tercer nivel llegó cuando tuvo que elevarse la propuesta a las instancias superiores, es decir a la Universidad, en general, y a la Diputación General de Aragón. ¿Qué ocurrió? Veamos:

Consultados diferentes departamentos universitarios, algunos manifestaron sus reparos —luego, nos enteramos de que parte de estos versaban porque no se instalaban en Zaragoza determinadas infraestructuras, como el Centro sobre Nuevas Tecnologías Aplicadas a la Educación (actual CATEDU, de Alcorisa). En cuanto al centro de Andorra, manifestaban la dificultad de que los alumnos vinieran para realizar prácticas externas —en las sucesivas Juntas de Gobierno de entonces, al discutir los presupuestos de la Universidad, siempre aparecía la escasa dotación que las facultades decían tener para prácticas externas de los alumnos—. Nosotros hacíamos hincapié en que, muchas veces, eran problemas de organización y de concepción del planteamiento didáctico de las materias. Posiblemente, hoy, con las propuestas docentes que conlleva el Plan Bolonia, habríamos tenido un mayor respaldo en este punto.

Ya, finalmente, en el cuarto nivel, se planteó el proyecto al entonces consejero de Educación, al rector de la Universidad y a los responsables autonómicos de los sindicatos mayoritarios, UGT y CC. OO. Las entrevistas fueron positivas, nos permitieron explayarnos en los comentarios. Todas ellas quedaron para el estudio. Todo este proceso duró unos tres años, ralentizado por la complejidad del propio proyecto y por el deseo de que todas las instancias tuvieran una información exhaustiva sobre el mismo.

Lo que nos queda

Nosotros, la parte docente del campus de Teruel, creíamos que el proyecto tenía suficientes elementos para ser creíble: habíamos detectado lo que se estaba haciendo en las cuencas en materia de formación. Habíamos definido los tres ejes sobre los que versaba —el docente, el tecnológico y el productivo— y creíamos que el método desarrollado para su definición implicaba a todos los agentes. Tanto la Universidad como la DGA podían,

sobre el mismo, mejorarlo, transformarlo, adaptarlo y convertirlo en un proyecto que contara con todos los elementos necesarios, desmenuzando los puntos a tratar y con el correspondiente estudio económico anejo. Nuestro proyecto era un germen. Quienes tenían los recursos para analizarlo, mejorarlo y convertirlo en una propuesta madura eran las instituciones afectadas. ¿Qué ocurrió?

En primer lugar, los ayuntamientos implicados fueron los únicos que cumplieron con su compromiso. Se levantaron los edificios que conocemos actualmente y se dotaron. Se trata de los centros de Montalbán, Andorra y Alcorisa.

En segundo lugar, la Universidad de Zaragoza facilitó que un profesor de la Politécnica de Teruel, de la titulación de Ingeniería Informática, trabajara a tiempo parcial en la dotación necesaria, en el ámbito de las NNTT. Elaboró el documento sobre las necesidades de materiales tecnológicos y estuvo al tanto de todo lo que podía mejorar el proyecto. Ahí está el Centro de Alcorisa.

La Dirección Provincial de Educación destinó otro profesor, quien trabajó por servir a la comunidad educativa turolense en la extensión y funcionamiento de la red telemática y del uso didáctico de la misma. Actualmente, el CATEDU sigue realizando una formación para el profesorado de la comarca. En Montalbán, se sigue trabajando como centro adelantado en la formación para la vida laboral.

Actualmente, somos conocedores de la gravosa carga que para los ayuntamientos supone el mantenimiento de estas infraestructuras. El futuro de las mismas esperamos que sea trazado desde el sentido común, asumiendo todos los ámbitos comprometidos con la formación una corresponsabilidad necesaria. ¿Es la historia de un fracaso? Sí, sin lugar a dudas. Mas la responsabilidad sobre el mismo habrá que analizarla desapasionadamente y sin contaminarnos por los intereses, ya sean educativos, políticos o lo que sea, que puedan condicionarnos.

En este caso, Ulises no llegó a Ítaca. La ira de Poseidón, la brutalidad de Polifemo y las intrigas de Circe le hicieron la travesía de vuelta imposible. Menos mal que su perro Argos, que fue el único que lo reconoció, lo recibió a su llegada. Hay lametones que valen más que mil promesas. Vaya el recuerdo y el agradecimiento para todos los que creyeron en este proyecto. Y también la memoria perenne hacia dos pilares que vivieron la experiencia creyendo en su bondad. A los dos, Rafa y Carlos, amigos y colegas en el Vicerrectorado para el Campus Universitario de Teruel, mi recuerdo en el afecto merecido.